

PREFACIO

Los estudios sobre ánforas cuentan con una larga tradición en España. Si en un primer momento eran un simple envase, al que apenas se le prestaba atención porque carecía de valor estético o artístico, con el desarrollo de los estudios sobre economía romana, desde mediados del siglo xx pasó a tener una visibilidad mucho mayor. Las tablas tipológicas elaboradas por Dressel a finales del siglo xix ya hacían hincapié en la importancia del abastecimiento desde Hispania, lo que fue retomado por distintos investigadores, como J. M. Blázquez, para desarrollar sus hipótesis sobre el papel de la Bética en el abastecimiento de productos de primera necesidad a la urbe, gracias a los hallazgos del Testaccio. Bajo este prisma se analizan los sellos y *tituli picti*, mientras se dan a conocer los primeros centros alfareros en el valle del Guadalquivir. La publicación de 1970 de M. Beltrán supone la creación del primer corpus de ánforas de España, un punto de partida fundamental para esta línea de investigación.

Durante los últimos veinte años hemos asistido a una renovación total de los planteamientos metodológicos y conceptuales de los estudios sobre ánforas. Además del descubrimiento continuo de nuevos tipos y producciones, y de la incorporación como algo habitual de los estudios de tipo arqueométrico dedicados a los análisis de pastas y de residuos para identificar contenidos, se ha asistido a una internacionalización de la investigación. Más allá de la llegada de contenedores cerámicos a Roma, gracias a las evidencias del Testaccio, la presencia de investigadores españoles en países de nuestro entorno ha permitido contemplar

el impacto de las exportaciones peninsulares hacia Britannia o los campamentos del *limes* renano-rético y valorar en su justa medida el papel de regiones como la Bética en el abastecimiento militar (*annona militaris*), dentro de la política iniciada por Augusto y continuada por sus sucesores.

Sin embargo, a pesar de los avances en este campo, todavía subsisten en la investigación algunos planteamientos del periodo anterior. Entre ellos destacan dos.

Por una parte, los análisis que todavía parten de estudios tipológicos meramente evolutivos a partir de los rasgos morfológicos de determinados tipos de ánforas, como la Dressel 20. Es preciso contemplar dichos recipientes en el marco de estratigrafías complejas. Como ha destacado recientemente C. Sánchez (2009: 251), es imprescindible, desde el punto de vista metodológico, cruzar los resultados de las dataciones derivadas de los criterios morfológicos y productivos de las ánforas con los datos de las vajillas de cerámicas finas, lucernas, monedas e, incluso, algunos elementos que, al igual que las anteriores, puntualmente pueden ofrecer marcos temporales muy estrechos y definidos. Es decir, no se pueden avanzar propuestas cronotipológicas y establecer secuencias evolutivas creando nuevos tipos y subvariantes sin un análisis global de los contextos estratigráficos dentro de los que se enmarcan dichos materiales.

Por otro lado, la consideración, por parte de la arqueología hispanorromana, de las ánforas como único material-guía para reconstruir el comercio romano de vino, aceite y salazones, olvidando envases

alternativos, como toneles u odres, que sabemos desempeñaron un papel nada desdeñable en el mundo antiguo, como testimonian tanto las fuentes como las evidencias arqueológicas en otros ambientes con climas más frescos y húmedos. No cabe duda de que el carácter sesgado del registro material, donde no se conservan habitualmente los recipientes perecederos, nos puede llevar a conclusiones erróneas y a confundir el comercio de ánforas con el de productos de primera necesidad. Los trabajos de Marlière, llamando la atención sobre la importancia de otros envases de madera y cuero frente a los cerámicos, han supuesto una sacudida en este sentido. No debemos confundir el continente con el contenido. Pero todavía cuesta que estos planteamientos se abran camino en el discurso teórico sobre la producción y el comercio de determinados productos como el vino y el aceite en época romana. Sin duda, las ánforas son indicadores muy interesantes sobre la procedencia y las rutas comerciales seguidas por determinados productos de primera necesidad, pero debemos relativizar su papel como evidencias únicas y principales de los flujos comerciales.

Hoy en día, cada vez resulta más clara la complejidad de la economía romana, tanto a nivel de organización como de los actores en ella implicados. El desarrollo que adquirieron recipientes como las ánforas de fondo plano a través de las últimas publicaciones es un buen ejemplo en este sentido. Es preciso recurrir a la idea, mucho más ajustada, de la complementariedad de una gran diversidad de productos en diversos contenedores, cerámicos y perecederos, que se van adaptando a diversas circunstancias, compitiendo y colaborando entre sí.

Abordamos con estos parámetros un análisis sobre las ánforas romanas procedentes de los campamentos de las legiones *VI victrix* y *VII gemina* en León. La implantación romana en León se materializó en un cerro amesetado alargado, dispuesto de norte a sur. A. García y Bellido había establecido el año 74-75 d. C. como el momento de arranque de la implantación romana en el solar de la ciudad de León, con el establecimiento del campamento de la *legio VII gemina*. No obstante, diversos argumentos epigráficos y arqueológicos avalaban la posibilidad de un asentamiento militar anterior. Quizá el aspecto más importante de los trabajos arqueológicos de los últimos años, llevados a cabo por distintos arqueólogos, en particular por V. García Marcos, arqueólogo municipal, junto con uno de los firmantes de este trabajo (Á. Morillo), ha sido la definición de la auténtica secuencia cronoestratigráfica de la etapa romana en León. En la actualidad estamos en condiciones de aseverar que bajo el campamento

de la *legio VII gemina* se encuentran los restos de dos recintos militares precedentes. La primera legión que ocupó el solar leonés fue la *legio VI victrix*, de la que conocemos dos campamentos sucesivos: León I, de fundación augustea, y León II, edificado a comienzos del reinado de Tiberio. En torno al año 74-75 d. C. se instaló una nueva unidad sobre el antiguo asentamiento de la *legio VI victrix* en León. La *legio VII gemina* construyó un campamento de nueva planta, desmantelando parcialmente las estructuras anteriores. A partir de este momento León será la base permanente de operaciones de dicha unidad a lo largo de todo el Imperio, sin que se aprecie ningún hiato temporal en la ocupación. Las excavaciones llevadas a cabo durante los últimos veinte años en el casco urbano han permitido conocer numerosos aspectos del campamento, que sigue el modelo canónico de planta rectangular con esquinas oblongas y cuatro grandes puertas en cada uno de los costados.

Desde hace algunos años venimos ocupándonos, en el marco de diferentes proyectos de investigación nacionales y regionales, del análisis de los materiales cerámicos romanos hallados en intervenciones urbanas en León (lucernas, *terra sigillata* itálica, sudgálica e hispánica, imitaciones locales de TSI y TSS, paredes finas, cerámica vidriada, material latericio, etc.), que han generado distintos artículos y monografías. Asimismo, hemos dado a conocer unas breves notas en las que se presentaban los rasgos principales de las cronoestratigrafías leonesas, donde se especificaban las asociaciones de recipientes cerámicos y restos numismáticos.

El material anfórico viene a complementar el conocimiento de las importaciones y producciones locales en el marco de los diferentes campamentos. Se analizan los contenedores cerámicos para el transporte presentes en las estratigrafías, cubriendo un abanico temporal que va desde los niveles fundacionales, datados en torno al cambio de era, hasta finales del siglo I d. C., momento en que, siguiendo la tendencia generalizada, se restringe enormemente el volumen de envases cerámicos para el transporte a larga distancia. El análisis minucioso de los informes de excavación disponibles, tanto para los solares intramuros como los que se encuentran al exterior del recinto amurallado, ha permitido definir varios horizontes cronoestratigráficos: periodos tardoaugusteo (cambio de era-15 d. C.), tiberiano (15-40 d. C.), claudio-neroniano temprano (40-60 d. C.) y neroniano tardío-flavio (60-100 d. C.). El estudio de las ánforas de los campamentos romanos de León nos proporciona un completo panorama del abastecimiento a los campamentos legionarios romanos de carácter estable, fundados por Augusto

en Hispania tras las guerras cántabras, sin lugar a dudas una experiencia y un modelo que, como en tantos otros campos, se aplica unos años más tarde a las fronteras militarizadas del norte del Imperio.

Las ánforas de León demuestran una circulación dinámica y variada, con envases procedentes de regiones muy variadas, a veces muy distantes, como el Egeo y la Península Itálica, y otras más cercanas, como la Bética, la Tarraconense oriental y la Lusitania. La comparación con otros campamentos extrapeninsulares, en particular del *limes* renano-rético, muestra patrones semejantes pero con peculiaridades, debido tanto al diferente marco espacial como a los parámetros temporales, pautas que se irán homologando a lo largo del siglo I d. C. y que muestran una gran adaptabilidad. Dichos patrones son, por el contrario, muy distintos a los de asentamientos civiles, debido, sin duda, a la presencia de la administración militar encargada del abastecimiento, mediante una política de mercado dirigido que convierte los campamentos en ámbitos de circulación bastante cerrados. Asimismo, se detecta una importante fabricación local/regional de ánforas de fondo plano. La presencia de contenedores de fondo plano en todo el Imperio, tanto en contextos civiles como militarizados, responde a un fenómeno global adaptado a las exigencias de los mercados e independientemente de la escala geográfica a la que lo contemplemos.

Pero también, como veremos, apunta interesantes tendencias de la economía romana, como la redistribución interior de las sustancias líquidas o semilíquidas llegadas en otro tipo de envases al ámbito militar, además de regiones de procedencias y circuitos comerciales por tierra y por mar. Cada vez resulta más evidente el papel de la ruta atlántica para el abastecimiento de los centros militares establecidos en el norte de la Península Ibérica, así como para los establecimientos de carácter civil. Por no hablar del imprescindible concurso de los envases perecederos para suministrar a las tropas las astronómicas cantidades necesarias, a pesar de que su ausencia constituye un silencio clamoroso en los registros arqueológicos.

En este estudio sobre las ánforas de los campamentos de León se abordan una multiplicidad de cuestiones, que, creemos, pueden modificar los análisis tradicionales que se han hecho en el marco de los estudios de la economía romana. En realidad, las problemáticas a las que nos enfrentamos permiten constatar que las ánforas solo son un pequeño seg-

mento en la cuestión del abastecimiento de productos a nivel civil y militar, la punta del iceberg de una problemática aún por explorar. Tenemos la sensación de que estamos ante una nueva encrucijada, un cambio de paradigma necesario en el marco de los estudios de la economía y del comercio en el mundo antiguo. En realidad, consideramos que algunas de las cuestiones aquí presentadas sobre las ánforas de León deben tener un reflejo a escala del Imperio. Diríamos, yendo un poco más lejos en nuestros planteamientos, que muchas de las cuestiones no solo deben ser repensadas para el mundo romano, sino a una escala más amplia en la economía del mundo antiguo. La idea de una economía de escala a nivel global debería haber implicado una complejidad de factores que, directa o indirectamente, estén asociados a la relación costo/transporte, adecuados a las economías de subsistencia que caracterizan la Antigüedad.

Por otra parte, este es el lugar para agradecer a aquellas instituciones y personas que han colaborado en este trabajo. Comenzando por el Museo de León y su personal, en particular a Miryam Hernández Valverde, que nos ayudó a localizar las ánforas entre el material depositado en el museo; a Victorino García Marcos, arqueólogo municipal de León, Rosalía Duran Cabello y Andrés Adroher Auroux, profesores de la Universidad Complutense y de la Universidad de Granada, respectivamente, por su ayuda generosa y desinteresada en distintos aspectos de este trabajo; a Rosario García Giménez, del Departamento de Geología y Geoquímica de la Universidad Autónoma de Madrid, quien ha realizado la mayor parte de los análisis arqueométricos de este trabajo; y, finalmente, a Esperanza Martín Hernández, autora de los dibujos de este estudio, que comparte con nosotros dicha parte de la autoría científica.

No debemos olvidar, finalmente, que este trabajo se inscribe dentro de los proyectos de investigación I+D HAR2011-24095, «Campamentos y territorios militares en Hispania (PRATA)», dirigido por Ángel Morillo; e I+D HAR2017-85929 (2018-2021), «Paisaje y territorio militarizado en la Hispania romana: movilidad y transferencia cultural (ss. II a. C.-IV d. C.) (MILITRANSFER)», concedido por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad (MINECO) a la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y al Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), cuyos investigadores principales son Ángel Morillo y Cruces Blázquez Cerrato.